
La ideología Bolivariana

CARLOS BLANCO

De los efectos más importantes de la dominación en la sociedad venezolana destaca lo que podría llamarse la mutilación espiritual en un sentido integral. La vida del país transcurre como si su más remoto antecedente fuese el 23 de enero de 1958 y como si todo lo que tuviera que exhibir como historia fuese el régimen democrático representativo que en esa época se originó. Los valores predominantes son los que de este proceso dimanar, comunicando a los venezolanos una textura llena de inmediatez, de pasado a la vuelta de la esquina. Es una sociedad donde campea la corrupción, "viveza", el juego del oportunismo, hecha a imagen y semejanza de los resortes que activó la explotación petrolera: el dinero fácil para la "costra" dirigente, los negocios sacados de la manga y un poder político que no tiene ni siquiera la grandeza de los gestos de la burguesía en otras latitudes.

No debe creerse, sin embargo, que tal resultado es obra de un maléfico voluntario del poder establecido. Más bien es el resultado de una lógica pacientemente aplicada por los mecanismos objetivos de la dominación, cuyo propósito es desgarnecer de cualquier aliento rebelde a un pueblo con la intención de hacerlo desvalido y cómplice de su propio sometimiento. El resultado que se obtiene muchas veces y en mucha gente es el de seres calcados al estilo del poder, con cierto aire libre-asociado, desprovistos de armas críticas para el sencillo hecho de vivir y para el algo más complejo oficio de transformar las condiciones de existencia.

La forma más acabada de la dominación es la que va convirtiendo a los hombres y mujeres en seres aislados; pero no sólo en el sentido de la soledad inmediata respecto de sus semejantes —cosa por lo demás intrínseca a este orden social—, sino también respecto de sus orígenes, su propia historia. Un venezolano de hoy, ávido de mercancías y de Miami, amnésico desde el punto de vista histórico, dejado de la mano de Dios, volcado hacia una penosa sobrevivencia, no tiene nada que ver con aquella historia de revueltas, en la cual se modeló el alma de nuestro pueblo en el pasado.

Pareciera que los venezolanos de hoy son producto de una generación espontánea reciente. Ha habido una mutilación de su historia. Bolívar y su gesta son una referencia casi mítica que sólo sirve de deslumbrante precedente de Rómulo Betancourt y Rafael Caldera. Hay que decir, entonces, que la motivación más activa en nuestros días está desprovista de historia, de esa historia en la que el pueblo venezolano-latinoamericano a punta de esfuerzos y rebeliones fue

“Bolívar no es un dios provisto de todas las excelcitudes. Es un hombre de carne, hueso y sangre y, por tanto, hecho con su debido porcentaje de cosas positivas y negativas; pero un hombre así bien puede contener la llama de la energía cristalizada en genio, como la han tenido otros grandes hombres de la historia”

—Gabriel Trómpiz

hilvanando un destino que se quedó enredado en las nevaduras de la revancha de los poderosos. Nuestra historia es olvido antes que base y estímulo de un esfuerzo de transformación.

II

Dentro de esta perspectiva es posible y necesario analizar la significación del Libertador Simón Bolívar, para apreciar en qué medida su esfuerzo revolucionario ha sido desdibujado para formar parte del escenario de la dominación contemporánea. A Bolívar se le asume, en primer lugar, como una especie de compendio de retazos (Bolívar pensador, Bolívar jefe militar, Bolívar, como una especie de compendio de retazos (Bolívar—pensador, Bolívar—jefe militar, Bolívar—economista). Para una mirada desprevenida esto pudiera no pasar de ser un reconocimiento a las múltiples facetas de una personalidad deslumbrante y genial. Sin embargo este reconocimiento multiforme a la personalidad del Libertador se hace mediante una disección de sí mismo cuyo propósito es anular lo que constituye el centro de sus esfuerzos como jefe político y militar: el combate a fondo, indolegable, contra el poder; contra el poder interno y externo, contra la dominación imperial, contra las fuerzas de sojuzgamiento instaladas en el seno de la embrionaria sociedad latinoamericana. El seccionamiento de Bolívar procura convertir en opacidad, en una especie de “hueco negro”, una definición total y radical que informó su orientación de líder y estadista frente al poder imperial. Es intentar anular al Bolívar de la Guerra a Muerte.

Pero también se cumple otro objetivo: despegarlo del pueblo que condujo; hacerlo un Dios al costo de anularlo como hombre. Esta característica cumple una función ideológica de primer orden constante en negarles de entrada a las masas populares su condición genésica: Bolívar deja de ser entonces el producto de una historia en eferescencia, que encontró en él su punto más acabado y brillante de condensación y que sólo existe como concreción individual de un pueblo en rebelión; las milicias y el descontento que fueron la fuerza material de su emergencia al lide-

razgo son condenadas a las trastiendas, mutadas apenas en colección de seres anónimos cuyo único mérito parece haber sido la obediencia ciega. Por eso es que celebrar a Bolívar fuera de la historia que lo produjo es condenar al pueblo que produjo a Bolívar.

Dentro de esta ideología de dominación en que se ha manipulado la figura del Libertador, también cumple un importante papel el remitirlo a un "pasado" que sólo es a condición de no existir ahora, de no ser ningún "presente". Bolívar es entonces genial, pero anacrónico brillante, pero en el siglo diecinueve; guerrero, pero para condiciones que hoy no existirían. Dentro de los fastos bicentenarios, éste es quizás uno de los aspectos más importantes que existe en el manejo ideológico. Se trata de asumirlo como recuerdo, es intentar implantar el despotismo de la estatua; de esta manera se oscurece también su condición de fuerza material contra el imperio de antes y que - con las variantes del caso - se parece en mucho al imperio de ahora. Por eso es posible sospechar que los frecuentes actos oficiales en el Panteón Nacional más que tener un sabor de reconocimiento activo del hombre que fue y debe ser para Venezuela, parecen ser el



mecanismo mediante el cual los poderes establecidos se aseguran periódicamente que Bolívar está bien guardado en su sarcófago.

No se cumple este proceso de opacidad calculada mediante el recurso burdo del olvido de la gesta libertaria por la burocracia. La anulación se genera precisamente mediante lo contrario: la exaltación. Bolívar en los actos oficiales, plazas, discursos, edificaciones; esta omnipresencia es también síntoma de una operación de despojo. El Presidente de la República, en el boato oficial, es heredero de Bolívar; las Fuerzas Armadas son herederas de Bolívar; todo gesto burocrático está vinculado a Bolívar; esta exaltación, sin embargo, cumple con la oscura finalidad de apropiarse por parte del poder imperante de las fuerzas que el Libertador despertó, para colocar las al servicio de los dominadores de siempre. Esta es la treta ideológica que se intenta cumplir con la celebración del Bicentenario por parte de la "costra" dirigente de la sociedad venezolana: exaltación para esconder y disimular la terrible fuerza libertaria que está convocada con el nombre de Simón Bolívar.

III

Sin embargo es posible advertir otro punto de vista a propósito del Libertador. Bolívar es el hombre que dirige la recia batalla emancipadora del siglo pasado, pero también es la metáfora de la estructura rebelde de nuestro pueblo. A su solo nombre es posible reclamar todos los esfuerzos de todos los tiempos para enfrentar los grilletes que la dominación ha impuesto. Desde esta perspectiva el Bicentenario del nacimiento de un jefe político y militar de su talla, puede ser convertido —como el mejor de los homenajes— en una ocasión para el combate. Bolívar tiene que ser arrancado del oropel y la celebración burocrática para la calle, y esto forma parte de las necesarias luchas transformadoras del pueblo venezolano.

Efectivamente, de este modo es como se puede reencontrar la especificidad histórica de un pueblo que —contra la mutilación a la que nos referimos— se ha hecho siempre a lo largo del combate. Reencontrar a Bolívar es rescatar las miles de oportunidades en que los venezolanos han buscado los más desconcertantes requicios para las luchas por la libertad.

La reapropiación popular del Libertador no sólo es una manera concreta de librar el enfrentamiento con la estructura de poder y de que el pueblo voltee a sus ejecutorias, sino que es una de las maneras más creadoras y revolucionarias de resolver el problema teórico y práctico de la identidad nacional. Ciertamente en Venezuela hay un problema de identidad, donde el ejercicio del poder imperial ha creado las malformaciones que tanto se han criticado y reconocido, pero este problema no se resuelve —a mi modo de ver— con "regreso" a un pasado aún más remoto; por el contrario la identidad venezolana se resuelve gestando frente a la que prevalece otra bien distinta y esa otra está inscrita en las luchas de todos los tiempos y, sobre todo, en las que están planteadas en este momento.

En este sentido cabe decir que la mejor forma de construir una identidad nacional está en hacerla y rehacerla sobre el fondo de todas las batallas por la libertad y la justicia. No puede hacerse esto, desde luego, como una elaboración abstracta y abstractificante, sino que en primer lugar es necesario reclamar la presencia de Bolívar como símbolo y síntesis precisamente de este empuje transformador siempre renovado. Entonces, reclamar al Libertador para hoy, es enfrentarse a la manipulación dominadora, es el rescate por el pueblo y para sí mismo de una de sus más preciosas creaciones y es comunicarnos un perfil definido y definitivo como colectividad.

En una perspectiva latinoamericana este planteamiento resulta sumamente tentador. Evi-

dentamente si alguna nota central tiene el esfuerzo bolivariano es precisamente la construcción —contra el imperio y por la vía de los hechos— de la condición latinoamericana. Tal punto de vista no es y no puede ser el recuerdo de una bella utopía “inconcreta”, sino que en el mundo actual tiene una connotación programática sin apelación. La situación del continente muestra y demuestra que las salidas parciales, que los intentos aislados por la libertad cada vez son más dificultosos y se encuentran severamente entabados por el ejercicio imperial. En tal condición sólo una estrategia latinoamericana —que, como se sabe, no niega especificidades nacionales— es capaz de una respuesta coherente y ésta no hay que inventarla de la nada, sino que precisamente hay que reencontrarla en el esfuerzo bolivariano. De esta manera se va, correlativamente, construyendo una condición básica para esa lucha: la latinoamericanidad, que no es otra cosa que la identidad fundamental de nuestros pueblos porque así lo mandan sus luchas en el pasado y sus compromisos libertarios para el futuro.

Esta singularidad latinoamericana, inscrita en la sangre del continente y opacada por el protocolo y el hurto oficiales, hace de la patria americana de Bolívar un proyecto concreto, capaz de contener los esfuerzos revolucionarios que se desarrollen en todos los frentes. Es más, creo que es posible asegurar que los avances revolucionarios actuales —particularmente en Centroamérica— sólo podrán tener sentido y éxito definitivo dentro de una visión de carácter continental.

Más aún, es el esfuerzo de la latinoamericanidad como batalla, lo que va cuadrando a la mirada de cualquier hombre o mujer del continente quién es el enemigo y cuál es su carácter. En el dibujo de latinoamérica surgen, por contraste, el imperio y las fuerzas que lo constituyen y apoyan en cada uno de los países.

En síntesis, la reapropiación de Bolívar tiene para los venezolanos y latinoamericanos en general un carácter programático, pues es el reconocimiento de nosotros mismos en el proceso de construcción latinoamericana, contra la explotación interna y el poder imperial. Frente a la ideología bolivariana de la “costra” dirigente que ejerce una función de mutilación y expropiación, puede alzarse una respuesta teórica y práctica de las fuerzas del cambio que haga tocar la piel de los venezolanos y que, más allá de disquisiciones “filosóficas”, pueda permitir a vastos sectores apropiarse de un arma de combate potentísima, cual es la de asumirse como parte de la batalla de siglos de los hombres latinoamericanos frente a la opresión. ■

***“Bolívar debía pagar el
doloroso precio de la grandeza
humana: la soledad. Esta fría
compañera de los hombres
célebres se iba acercando a él a
medida que se encumbraba
sobre sus contemporáneos”***

—Indalecio Liévano Aguirre
